

Cruchot, cuya política era sabiamente dirigida por el cura, se contentó con cercar á la heredera prodigándola las más afectuosas atenciones. La casa de Eugenia se llenaba todas las noches de una sociedad compuesta de los más ardientes cruchotistas del país, que se esforzaban por cantar en todos los tonos las alabanzas de la dueña de la casa. La huérfana tenía su médico ordinario de cabecera, su gran limosnero, su chambelán, su primera dama de compañía, su primer ministro, su canciller, y si hubiera deseado un caudatario, se lo hubieran proporcionado. Eugenia no sólo era una reina, sino que era la más adulada de todas las reinas. La adulación no emana nunca de las almas grandes, sino que es patrimonio de los espíritus pequeños, que logran empequeñecerse aun más para entrar mejor en la esfera vital de la persona en torno de la cual gravitan. La adulación presupone un interés; así es que las personas que llenaban todas las noches la sala de la señorita Grandet, llamada por ellos la señorita de Froidfond, lograban perfectamente agobiarla de alabanzas. Este concierto de elogios, nuevos para Eugenia, le hicieron en un principio ruborizarse; pero, insensiblemente, y á pesar de lo burdos que eran los cumplidos, su oído se acostumbró de tal modo á oír alabar su belleza, que si alguno la hubiese encontrado fea, este reproche le hubiera parecido más sensible entonces que ocho años antes. De modo que Eugenia acabó al fin por gustar de aquellas adulaciones y se fué acostumbrando gradualmente á dejarse tratar como soberana y á ver su corte llena todas las noches. El señor

presidente Bonfons era el héroe de esta reunión, donde su talento, su persona, su instrucción y su amabilidad eran alabados sin cesar. El uno hacía observar que hacía siete años que había aumentado mucho su fortuna, que Bonfons daba por lo menos diez mil francos de renta, y se encontraba enclavado, como todos los bienes de los Cruchot, en los vastos dominios de la heredera.

—Señorita, decía un concurrente, ¿sabe usted que los Cruchot tienen cuarenta mil francos de renta?

—Y sus economías, añadía la vieja cruchotista señorita de Gribeaucourt. Últimamente ha venido un señor de Paris y ha ofrecido doscientos mil francos al señor Cruchot por su notaría. Si logra que le nombren juez de paz, me parece que llevará á cabo esa venta.

—¡Oh! quiere suceder al señor Bonfons en la presidencia de la audiencia y está tomando sus precauciones, respondió la señora de Orsonval; pues el señor presidente llegará á ser consejero y presidente del supremo, toda vez que no le faltan medios para ello.

—Si, es un hombre muy distinguido, ¿no le parece á usted, señorita?

El señor presidente Bonfons había procurado ponerse en armonía con el papel que quería desempeñar. A pesar de sus cuarenta años y de su cara morena, avinagrada y ajada como lo son casi todas las fisonomías judiciales, vestía como un joven, jugaba con un bastoncito, no tomaba tabaco en casa de la señorita de Froidfond, se presentaba siempre de punta en blanco y ha-

blaba familiarmente á la heredera diciéndole: «Querida Eugenia». En fin, exceptuando el número de personas, reemplazando la lotería por el *whist* y suprimiendo las figuras de los señores Grandet, la escena con que comienza esta historia se repetía á la sazón todas las noches. La jauría seguía persiguiendo á Eugenia y á sus millones, pero como era más numerosa, ladraba más y cercaba á su presa por completo. Si Carlos hubiese llegado de las Indias, hubiese visto allí los mismos personajes y los mismos intereses. La señora de Grassins, que se mostraba amabilísima con Eugenia, persistía en atormentar á los Cruchot. Pero entonces, como antaño, la figura de Eugenia dominaba aquel cuadro; como antaño, Carlos hubiese sido allí el soberano. Sin embargo, se había operado en aquella reunión un progreso: el ramillete que el presidente regalaba á Eugenia el día de su santo y cumpleaños se había hecho periódico, y el magistrado llevaba todas las noches á la rica heredera un magnífico ramo que la señora Cornouiller colocaba ostensiblemente en un florero, y arrojaba secretamente á un rincón del patio tan pronto como los concurrentes se habían marchado. Al principio de la primavera, la señora de Grassins intentó turbar la dicha de los cruchotistas hablando á Eugenia del marqués de Froidfond, cuya arruinada casa podía levantarse si la heredera quería devolverle sus propiedades mediante un contrato de matrimonio. La señora de Grassins recalca la dignidad de par y el título de marquesa, y, tomando la sonrisa de desprecio de Eugenia por aprobación, iba di-

ciendo que el casamiento del presidente Cruchot no estaba tan adelantado como se creía.

—Aunque el señor Froidfond tenga cincuenta años, no parece más viejo que el señor presidente Bonfons, y si bien es verdad que es viudo y tiene hijos, no hay que olvidar que es marqués, que será par de Francia y que en los tiempos que corren es difícil encontrar un partido análogo, decía la señora de Grassins. Yo sé á ciencia cierta que el padre Grandet, al unir todos sus bienes á la tierra de Froidfond, lo hacía con la intención de aliarse con el marqués. Él mismo me lo había dicho muchas veces. ¡Qué pícaro era aquel hombre!

—¡Cómo! Nanón, dijo una noche Eugenia al acostarse, ¡y no me escribirá ni siquiera una vez en siete años!...

Mientras pasaban estas cosas en Saumur, Carlos hacía fortuna en las Indias. Al llegar vendió perfectamente su pacotilla y no tardó en reunir una suma de mil dollars. El bautismo de los trópicos le hizo perder muchas preocupaciones; vió que el mejor medio de hacer fortuna, lo mismo en las regiones tropicales que en Europa, era comprando hombres, y, en su consecuencia, se fué á las costas de África y se hizo negrero, uniendo á su comercio de hombres el de las mercancías que más daban en los diversos mercados que él frecuentaba. Carlos empleó en los negocios una actividad que no le dejaba un momento libre y obraba en todo dominado por la idea de aparecer en París en posición más brillante que la que había tenido. A fuerza de tratar hombres, de ver países y de

observar sus contrarias costumbres, sus ideas se modificaron, se volvió escéptico y perdió las ideas de lo justo y de lo injusto al ver que se tachaba de crimen en un país lo que era virtud en otro. En contacto perpetuo con el interés, su corazón se enfrió, se contrajo y acabó por disecarse. La sangre de los Grandet no negó su destino, y Carlos se volvió duro é inhumano, y vendió chinos, negros, niños y artistas, y practicó la usura en grande escala. La costumbre de defraudar los derechos de aduanas lo volvió menos escrupuloso con los derechos del hombre, é iba á Santo Tomás á comprar á vil precio las mercancías robadas por los piratas y las llevaba á las plazas en que faltaban. Si la noble y pura figura de Eugenia le acompañó en su primer viaje, como aquella imagen de la Virgen que colocan en sus buques los marinos españoles, y si atribuyó sus primeros éxitos á la mágica influencia de los votos y á las oraciones de aquella joven angelical, más tarde, las negras, las mulatas, las blancas, las almeas, sus orgías de todas clases y las aventuras que le ocurrieron en los diversos países que recorrió, borraron por completo el recuerdo de su prima, de Saumur, de la casa, del banco y del beso cambiado en el pasillo. Carlos se acordaba únicamente del jardinito porque allí había empezado su vida aventurera; pero renegaba de su familia: su tío era un perro viejo que le había estafado sus alhajas, y Eugenia no ocupaba su corazón ni sus pensamientos más que como acreedora á quien debía seis mil francos. Esta conducta y estas ideas explican el silencio de Carlos Grandet. En las In-

dias, en Santo Tomás, en la costa de África, en Lisboa y en los Estados Unidos, el especulador había tomado el pseudónimo de Sepherd para no comprometer su nombre. Carl Sepherd podía así, sin peligro, mostrarse infatigable, audaz y hábil como hombre que, resuelto á hacer fortuna *quibuscumque viis*, se dispone á acabar pronto la senda de la infamia para ser honrado el resto de sus días. Con este sistema, su fortuna fué rápida y brillante, y en 1827 llegaba á Burdeos en el bonito bergantín *María Carolina*, perteneciente á una casa de comercio realista, y traía un millón novecientos mil francos, en tres toneles de polvo de oro, de los cuales contaba sacar un siete ú ocho por ciento reduciéndolos á moneda en París. En este bergantín venía también un noble de la cámara de Su Majestad el rey Carlos X, un tal señor de Aubrión, anciano que había cometido la locura de casarse con una mujer joven y gastadora, que tenía la fortuna en América. Para reparar las prodigalidades de la señora de Aubrión, el noble había ido á vender sus propiedades. Los señores Aubrión, de la casa Aubrión de Buch, cuyo jefe último murió antes de 1789, estaban reducidos á una renta de veinte mil francos, y tenían una hija bastante fea que la madre quería casar sin dote, toda vez que su fortuna apenas les bastaba para vivir en París. A pesar de la habilidad que despliegan las mujeres elegantes, el éxito de esta empresa hubiese parecido muy problemático á todo el mundo, tanto, que la misma señora de Aubrión, al ver á su hija, desesperaba de poder casarla sin dote, ni aun con un hombre á quien

embriagase la idea de ser noble. La señorita de Aubrión era una joven alta, delgada y estrecha, de boca desdeñosa, hasta la cual bajaba una nariz demasiado larga, gorda por la punta, amarillenta en su estado normal, pero completamente roja después de las comidas, especie de fenómeno vegetal más desagradable en un rostro pálido é insípido, que en cualquier otro. En una palabra, que era tal como podía deseársela una madre de treinta y ocho años que siendo aún guapa, tenía pretensiones. Pero para compensar estas desventajas, la marquesa de Aubrión le había enseñado á su hija á afectar aire distinguido, la había sometido á una higiene que mantenía provisionalmente la nariz en un color pasable, la había enseñado el arte de componerse con gusto, la había dotado de bonitos modales, la había enseñado á dirigir esas miradas melancólicas que interesan á un hombre y que le hacen creer que va á encontrar el ángel tan vanamente rebuscado, la había enseñado á mostrar el pie para que admirasen su pequeñez en el momento en que la nariz tenía la impertinencia de enrojecer, y, finalmente, había sacado de ella todo el partido posible. Por medio de mangas anchas, de engañosos cuerpos, de trajes huecos y de exquisito gusto y de un magnífico corsé, había obtenido un ejemplar digno de ser expuesto en un museo para ejemplo de las madres que tienen hijas feas. Carlos hizo conocimiento con la señora de Aubrión, que no deseaba otra cosa, y no faltan personas que aseguren que, durante la travesía, la señora de Aubrión no perdonó medio para capturar á un yerno tan rico. Al desembarcar

en Burdeos, en el mes de julio de 1827, la familia Aubrión y Carlos se alojaron en la misma fonda y partieron juntos á París. El palacio de Aubrión estaba plagado de hipotecas, y Carlos debía libertarlo. La madre hablaba ya de la satisfacción que tendría en ceder el piso bajo de su palacio á su yerno y á su hija, y como no participaba de las preocupaciones del señor de Aubrión acerca de la nobleza, había prometido á Carlos Grandet que obtendría una real orden del buen Carlos X autorizando á Grandet para llevar el nombre de Aubrión, usar sus armas y sucederle en el título de jefe de Buch y marqués de Aubrión, mediante la constitución de un mayorazgo de treinta y seis mil francos de renta. Reuniendo sus fortunas, viviendo en buena armonía y mediante alguna sinecura, se podrían reunir cien y tantos mil francos de renta al palacio de Aubrión.

—Y cuando se tienen cien mil francos de renta, un nombre, una familia y se frecuenta la corte (pues yo haré que le nombren á usted gentilhombre de cámara), se llega á ser todo lo que se quiere, decía la madre á Carlos. Así es que será usted relator del consejo de Estado, prefecto, secretario de embajada, embajador, lo que usted elija. Carlos X quiere mucho á Aubrión, á quien conoce desde la infancia.

Embriagado de ambición por aquella mujer, Carlos había acariciado durante la travesía todas aquellas esperanzas que le presentaba como cosa cierta una mujer hábil, bajo la forma de secretas confidencias. Creyendo que su tío habría arreglado ya los asuntos de su padre, Carlos se veía

ya acomodado en el arrabal Saint-Germain donde todo el mundo pretendía á la sazón entrar, y donde, á la sombra de la azulada nariz de la señorita Matilde, reaparecería como conde de Aubrión. Deslumbrado por la prosperidad de la Restauración y por el brillo de las ideas aristocráticas, su embriaguez empezada en el navío se mantuvo en París, donde resolvió no perdonar medio para alcanzar la elevada posición que su egoísta suegra le hacía entrever. Su prima no fué para él más que un punto en el espacio de aquella brillante perspectiva. Carlos volvió á ver á Anita, y ésta, como mujer de mundo, aconsejó vivamente á su antiguo amigo que contrajese aquella alianza y le prometió ayudarle en todas sus empresas ambiciosas. Anita estaba encantada ante la idea de que aquella señorita fea y fastidiosa llegase á ser mujer de Carlos, que se había vuelto verdaderamente seductor durante su permanencia en las Indias, pues su tez se había vuelto más morena y sus maneras eran decididas y desenvueltas como las del hombre acostumbrado á dominar y á salir airoso en todo. Carlos respiró más á su gusto en París al ver el hermoso papel que allí le tocaría representar. De Grassins, al saber su vuelta, su casamiento próximo y su fortuna, fué á verle para hablarle de los trescientos mil francos mediante los cuales podía pagar las deudas de su padre. El banquero encontró á Carlos en conferencia con el joyero, que le enseñaba los dibujos de las alhajas que habían de formar parte de la canastilla de la señorita de Aubrión. A pesar de los magníficos diamantes que Carlos había traído de las

Indias, la obra de mano y la plata del joven matrimonio ascendía á más de doscientos mil francos. Carlos recibió al señor de Grassins, á quien no conoció, con la impertinencia de un joven elegante que había matado á cuatro hombres en las Indias en diferentes duelos. El señor de Grassins había ido ya tres veces. Carlos le escuchó friamente, y después le respondió, antes de dejarle explicarse por completo:

—Los asuntos de mi padre no son los míos, y le agradezco á usted, caballero, el interés que se ha tomado, que me resulta completamente inútil. Ya comprenderá usted que yo no he ido á ganar dos millones con el sudor de mi rostro para llenarles los bolsillos á los acreedores de mi padre.

—¿Y si su señor padre fuese declarado en quiebra dentro de algunos días?

—Caballero, dentro de algunos días me llamaré el conde de Aubrión, y eso me será completamente indiferente. Por otra parte, usted sabe mejor que yo que cuando un hombre tiene cien mil francos de renta, su padre no ha hecho nunca quiebra, añadió señalando cortésmente la puerta al señor de Grassins.

A principios del mes de agosto de este mismo año, Eugenia estaba sentada en el banco de madera en que su primo le había jurado un amor eterno y al que iba á almorzar cuando hacía buen tiempo. La mañana estaba fresca y alegre, y la pobre joven se complacía en aquel momento en repasar en su memoria los grandes y pequeños acontecimientos de su amor y las catástrofes de que había sido seguido. El sol iluminaba el

bonito lienzo del muro todo agrietado y casi en ruinas, que la caprichosa heredera había prohibido tocar, á pesar de que Cornoiller hubiese dicho varias veces á su mujer que corrían peligro de morir algún día aplastadas. En este momento, el cartero llamó a la puerta y entregó una carta á la señora Cornoiller, la cual se fué al jardín gritando:

—¡Señorita, una carta!

Y al mismo tiempo se la entregó, diciéndole:

—¿Es la que usted espera?

Estas palabras resonaron tan fuertemente en el corazón de Eugenia, como entre las paredes del patio y del jardín.

—¡París!... Es de él, ya está de vuelta.

Eugenia palideció y conservó por un momento intacta la carta, pues palpitaba demasiado su corazón para poder abrirla y leerla. La gran Nanón permaneció de pie con los brazos en jarras y con su moreno rostro radiante de alegría.

—Lea usted, señorita...

—¡Ah! Nanón, ¿por qué vuelve por París habiéndose ido por Saumur?

—Lea usted y lo sabrá.

Eugenia abrió la carta temblando y, al abrirla, cayó al suelo una letra contra la casa *Señora de Grassins y Corret*, de Saumur. Nanón la recogió.

«Mi querida prima...»

—¡Ya no me llama Eugenia! pensó la joven. Y su corazón se oprimió.

«Creo que tendrá usted...»

—¡Antes me decía *tú!*

Y cruzándose de brazos, permaneció un instante sin atreverse á proseguir la lectura, y gruesas lágrimas brotaron de sus ojos.

—¿Ha muerto? preguntó Nanón.

—Si hubiera muerto no me escribiría, respondió Eugenia, la cual prosiguió al fin la lectura de la carta, que decía lo siguiente:

«Mi querida prima: Creo que tendrá usted una satisfacción en saber el éxito de mi viaje. Usted me ha dado suerte, he vuelto rico y he seguido los consejos de mi tío, cuya muerte, así como la de mi tía, acaba de comunicarme el señor de Grassins. La muerte de nuestros padres es natural, y nosotros debemos sucederles. Supongo que hoy ya estará usted consolada. Nada resiste á la acción del tiempo, yo lo experimento. Sí, querida prima, desgraciadamente, el momento de las ilusiones ha pasado ya para mí. Qué quiere usted! Recorriendo multitud de países, he reflexionado acerca de la vida, y me fui niño, y vuelvo hombre. Hoy pienso en muchas cosas que no me preocupaban antaño. Usted es libre, prima mía, y yo soy libre aún, y al parecer, nada se opone á la realización de nuestros proyectos; pero yo soy demasiado leal para ocultarle á usted la situación de mis asuntos. No he olvidado que no me pertenezco, y, durante mis largas travesías, me he acordado muchas veces del banquito de madera...»

Eugenia se levantó como si estuviese sobre ascuas y fué á sentarse en uno de los peldaños de la escalera del patio.

«...del banquito de madera en que nos juramos amarnos siempre, del pasillo, de la sala, de mi cuarto y de la noche en que facilitó usted mi suerte mediante un generoso préstamo. Sí, estos recuerdos me han animado, y me he dicho muchas veces que usted pensaba siempre en mí, como yo pensaba en usted á la hora convenida entre nosotros. ¿Ha mirado usted bien las nubes á las nueve? Sí, ¿verdad? Pues bien, no quiero ser traidor á una amistad sagrada para mí; no, no quiero engañarla á usted. En este momento se trata para mí de una alianza que satisface completamente las ideas que he formado acerca del matrimonio. El amor en el matrimonio es una quimera. Hoy mi experiencia me dice que al casarse hay que obedecer á todas las leyes sociales y reunir todas las conveniencias que para ello exige el mundo. Ahora bien, entre nosotros existe ya una diferencia de edad que, sin duda, influiría más en su porvenir, prima querida, que en el mío. No le hablaré á usted de sus costumbres ni de su educación, que no están en armonía con la vida de París, y que sin duda no se amoldarían á mis proyectos ulteriores. Pienso tener una gran casa, recibir á mucha gente, y creo acordarme de que usted prefiere una vida apacible y sosegada. Pero, no, le seré á usted más franco, y sea usted juez de mi situación, que tiene usted derecho á conocer y á juzgar. Hoy poseo ochenta mil francos de renta. Esta fortuna me permite unirme á la familia de Aubrión, cuya heredera, joven de diez y nueve años, me aporta al matrimonio su nombre, un título, el cargo de gentilhombre honorario de la cámara de Su Ma-

jestad y una de las más brillantes posiciones. He de confesarle á usted, querida prima, que no amo absolutamente nada á la señorita de Aubrión; pero, casándome con ella, aseguro á mis hijos una posición social cuyas ventajas serán incalculables algún día, toda vez que van ganando terreno de día en día las ideas monárquicas. De modo que dentro de algunos años, mi hijo, que será marqués de Aubrión y que contará con un mayorazgo de cuarenta mil francos de renta, podrá escoger el cargo del Estado que más le agrade. Los hombres nos debemos á los hijos. Ya ve usted, prima mía, con qué buena fe le expongo el estado de mi corazón, de mis esperanzas y de mi fortuna. Es muy posible que, después de siete años de ausencia, haya usted olvidado por su parte nuestras niñerías; pero yo no he olvidado ni su indulgencia ni mis palabras, y me acuerdo de todas, hasta de las que he dado con más ligereza y en las cuales no pensaría siquiera un hombre menos concienzudo que yo y de corazón menos leal. Decirle á usted que sólo pienso hacer un matrimonio de conveniencia y que me acuerdo aún de nuestros amores de niños, ¿no equivale á ponerme á su disposición, á hacerla dueña de mi suerte y á decirle que si tengo que renunciar á mis ambiciones sociales, me contentaré gustoso con esa dicha pura y sencilla cuyas conmovedoras imágenes me ha hecho usted ver tantas veces?..."

—Tan, ta, ta.—Tan, ta, ti.—Tun.—Tun, ta, ti.—Tinn, ta, ta, ta, etc... había cantado Car-

los Grandet con el aire de *Non più andrai*, al firmar:

«Su afectuoso primo,
»CARLOS.»

—¡Por vida de...! me parece que me muestro cortés, se dijo.

Después buscó la letra, y añadió lo siguiente:

«*P. D.*—Le remito adjunta una letra á su orden contra la casa de Grassins, pagadera en oro, y que comprende los intereses y capital de la suma que tuvo usted la bondad de prestarme. Espero de Burdeos una caja que contiene algunos objetos que aguardo me permitirá usted ofrecerle como testimonio de mi eterno agradecimiento. Mi neceser puede usted mandarlo por la diligencia al palacio Aubrión, calle de Hillerín-Bertin.»

—¡Por la diligencia! dijo Eugenia. ¡Una cosa por la cual hubiese dado yo mil veces la vida!

Espantoso y completo desastre. El buque se hundía sin dejar ni una cuerda ni una tabla en el vasto océano de las esperanzas. Ciertas mujeres, al verse abandonadas, van á arrancar á su amante de los brazos de su rival, la matan y huyen al fin del mundo, al patíbulo ó á la tumba. ¡Indudablemente esto es hermoso! El móvil de este crimen es una sublime pasión que impone á la justicia humana. Otras mujeres, bajan la cabeza y sufren en silencio, y llegan hasta el último momento de su vida tristes y resignadas,

llorando y perdonando, rogando y acordándose. Esto es amor, amor verdadero, amor de ángel, amor digno que vive de su dolor y que no muere, y este fué el amor de Eugenia después de haber leído aquella horrible carta. La joven fijó sus ojos en el cielo pensando en las últimas palabras de su madre, que, semejante á muchas moribundas, había dirigido una penetrante y lúcida mirada al porvenir, y después, Eugenia, recordando aquella muerte y aquella vida proféticas, abarcó con una mirada todo su porvenir. A la huérfana no le quedaba ya más que desplegar las alas, cifrar sus esperanzas en el cielo y vivir orando hasta el día de su libertad.

—¡Tenía razón mi madre! ¡Sufrir y morir!

Eugenia marchó con lentitud del jardín á la sala. Contra su costumbre, no pasó por el pasillo, pero encontró recuerdos de su primo en la vieja sala, sobre cuya chimenea estaba siempre un cierto platillo que utilizaba ella todas las mañanas al almorzar, así como un viejo azucarero. Aquella mañana tenía que ser solemne y memorable para ella. Nanón anunció al cura de la parroquia. Este cura, pariente de los Cruchot, se interesaba por el presidente Bonfons, y hacía ya algunos días que había determinado hablar á la señorita Grandet, en sentido puramente religioso, de la obligación en que se encontraba de contraer matrimonio. Al ver á su pastor, Eugenia creyó que venía á buscar los mil francos que le daba mensualmente para los pobres, y dió orden á Nanón de que fuese á buscarlos; pero el cura empezó á sonreirse, y le dijo:

—Hoy, señorita, vengo á hablarle de una

pobre muchacha que interesa vivamente á todo Saumur, y que, por no tener caridad de sí misma, no vive cristianamente.

—Dios mío, señor cura, me encuentra usted en un momento en que me es imposible ocuparme del prójimo y en que pienso únicamente en mí. Soy muy desgraciada, y no me queda más refugio que la Iglesia, la cual tiene un seno bastante vasto para contener todos nuestros dolores, y sentimientos bastante profundos para que podamos acudir á ellos sin temor á agotarlos.

—Pues bien, señorita, ocupándonos de esa muchacha, nos ocuparemos de usted. Escuche, si quiere usted salvarse, tiene usted que seguir una de estas dos sendas: ó dejar el mundo, ó seguir sus leyes; obedecer á su destino terrestre, ó á su destino celestial.

—Su voz me habla en un momento en que deseaba oír una voz. Sí, señor, Dios le manda á usted aquí sin duda; voy á decir adiós al mundo y voy á vivir para Dios únicamente, en el retiro y la soledad.

—Hija mía, antes de tomar tan violenta decisión, hay que reflexionar maduramente. El matrimonio es una vida nueva, y el velo es una muerte.

—Pues bien, ¡la muerte, la muerte en seguida, señor cura! dijo Eugenia con espantosa vivacidad.

—¡La muerte! Señorita, no olvide usted que tiene que llenar grandes deberes para con la sociedad. ¿No es usted la madre de los pobres á quienes da ropa y leña en invierno y trabajo en verano? Su inmensa fortuna es un préstamo que

hay que devolver, y usted la aceptó santamente de este modo. Sepultarse en un convento sería egoísmo, y permanecer soltera no debe usted hacerlo. En primer lugar, porque sola no podría usted administrar su inmensa fortuna, y acabaría por perderla; y en segundo lugar, porque tendría usted mil pleitos y se vería sumida en invencibles dificultades. Crea usted á su pastor: necesita usted un esposo para conservar lo que Dios le ha dado. Le hablo á usted como á mi más querida feligresa. Usted ama demasiado sinceramente á Dios para no lograr su salvación en medio del mundo, siendo como es uno de sus más preciosos adornos y dándole, como le da, tan santos ejemplos.

En aquel momento, la señora de Grassins se hizo anunciar; iba allí llevada por la venganza y por una gran desesperación.

—Señorita... dijo. ¡Ah! está aquí el señor cura... Me callo. Venía á hablarle á usted de ciertos negocios y veo que está usted en gran conferencia.

—Señora, dijo el cura, le dejo á usted el campo libre.

—¡Oh! señor cura, dijo Eugenia, vuelva usted en seguida, pues su apoyo me es en este momento muy necesario.

—Sí, pobre hija mía, sí, dijo la señora de Grassins.

—¿Por qué dice usted eso? preguntaron la señorita Grandet y el cura.

—Pues qué, ¿acaso no sé yo la vuelta de su primo y su casamiento con la señorita de Aubrión?... No en vano tiene alma una mujer.

Eugenia se puso roja como un tomate y guardó silencio. Pero se propuso afectar en lo sucesivo la imposible actitud de su padre.

—Pues yo debo tenerla en vano, señora, porque no comprendo nada, respondió Eugenia con ironía. Hable usted delante del cura, pues ya sabe usted que es mi director.

—Pues bien, señorita, he aquí lo que me escribe de Grassins, lea usted.

Eugenia leyó la siguiente carta:

«Mi querida esposa: Carlos Grandet ha llegado de las Indias y está en París hace un mes...»

—¡Un mes! se dijo Eugenia dejando caer el brazo. Después de una pausa, reanudó la lectura.

«...He tenido que hacer antesala dos veces para poder hablar á este futuro vizconde de Aubrión. Aunque todo París habla de su matrimonio y aunque estén publicadas todas las proclamas...»

—¡Cómo! ¿me había escrito en el momento en que...? se dijo Eugenia. Y no acabó la frase, no se dijo como una parisiense: «¡Pillastre!» pero su desprecio no por eso fué menos completo.

«...este matrimonio está muy lejos de llevarse á cabo; el marqués de Aubrión no dará su hija al hijo de un quebrado. He ido á darle cuenta de los trabajos que su tío y yo llevábamos hechos en el asunto de su padre y de las hábiles manio-

bras con que hemos sabido mantener tranquilos hasta hoy á los acreedores. ¿Querrás creer que ese impertinente ha tenido la desvergüenza de responderme á mí, que hace cinco años que me sacrifico noche y día por sus intereses y por su honor, que *los intereses de su padre no eran los suyos?* Un abogado estaría en el derecho de pedirle treinta ó cuarenta mil francos de honorarios del uno por ciento de la suma de los acreedores. Pero, paciencia, y ya que su padre debe un millón doscientos mil francos, voy á hacer que declaren la quiebra. Me he comprometido en este asunto contando con la palabra de aquel viejo caimán de Grandet, y he hecho promesas en nombre de la familia. Si el señor vizconde de Aubrión se preocupa poco por su honor, á mí me interesa mucho el mío; así es que voy á explicar mi situación á los acreedores. Sin embargo, me inspira demasiado respeto la señorita Eugenia, á cuya mano aspirábamos en tiempos más felices, para obrar sin que tú le hayas hablado de este asunto...»

Al llegar aquí, Eugenia devolvió friamente la carta sin acabarla á la señora de Grassins, y le dijo:

—Le doy á usted las gracias.

—En este momento tiene usted toda la voz de su difunto padre, dijo la señora de Grassins.

—Señora, tiene usted que darnos ocho mil cien francos en oro.

—¡Ah! es verdad, hágame usted el favor de venir conmigo, señora Cornoiller.

—Señor cura, ¿sería pecado permanecer en

estado de virginidad en el matrimonio? le preguntó Eugenia con admirable sangre fría.

—Ese es un caso de conciencia cuya solución desconozco. Si quiere usted saber lo que opina el célebre Sánchez en su *Suma de Matrimonio*, podrá decirselo á usted mañana.

El cura partió, y la señorita Grandet subió al despacho de su padre y pasó allí el día sola, sin querer bajar á la hora de comer, á pesar de las instancias de Nanón. La huérfana compareció por la noche á la hora en que llegaron los concurrentes á su salón, el cual no estuvo nunca tan lleno como aquel día. La noticia de la vuelta y de la estúpida infidelidad de Carlos había corrido por toda la villa; pero, por grande que fuese la curiosidad de los concurrentes, Eugenia no quiso satisfacerla y tuvo fuerza bastante para disimular las crueles emociones que la agitaban. La mujer abandonada supo afectar un rostro risueño para responder á los que le demostraron interés con miradas ó con palabras melancólicas, y supo, en fin, ocultar su desgracia con la capa de la cortesía. A eso de las nueve, las partidas se acababan y los jugadores dejaban las mesas, se pagaban y discutían las últimas jugadas del *whist* reuniéndose en círculo. En el momento en que la reunión se levantó en masa para dejar el salón, ocurrió una escena teatral que resonó en Saumur y en las cuatro prefecturas de los alrededores.

—Quédese usted, señor presidente, dijo Eugenia al señor de Bonfons al ver que éste tomaba su bastón.

Al oír estas palabras, no hubo nadie en aque-

lla numerosa asamblea que no se sintiese emocionado. El presidente palideció y se vió obligado á sentarse.

—Los millones son para el presidente, dijo la señorita de Gribeaucourt.

—Es claro, el presidente Bonfons se casa con la señorita Grandet, añadió la señora de Orsonval.

—Esa es la mejor jugada de la noche, dijo el cura.

Cada uno dijo su frase é hizo su *calambur*, y todos veían á la heredera montada sobre sus millones como sobre un pedestal. El drama comenzado hacia diez y nueve años iba á tener un desenlace. Decir al presidente, delante de todo Saumur, que se quedase, ¿no era anunciar que quería hacerle su marido? En los pueblecitos, las conveniencias se observan tan severamente, que una infracción de este género constituye la más solemne de las promesas.

—Señor presidente, le dijo Eugenia con voz emocionada cuando estuvieron solos, ya sé lo que le gusta de mí. Júreme usted dejarme libre durante toda mi vida y no hacer uso de ninguno de los derechos que el matrimonio le da sobre mí, y mi mano será suya. ¡Ah! aun no he acabado, repuso al ver que el presidente se arrodillaba. No quiero engañarle á usted, caballero. Mi corazón está ocupado por un sentimiento inextinguible. La amistad será el único sentimiento que yo podré conceder á mi marido, y no quiero ofenderle ni contravenir las leyes de mi corazón. Pero usted no poseerá mi mano y mi fortuna á no ser á costa de un inmenso favor.

—Aquí me tiene usted dispuesto á todo, dijo el señor de Bonfons.

—Pues bien, señor presidente, aquí tiene un millón quinientos mil francos, dijo Eugenia sacándose del seno cien acciones del Banco de Francia. Vaya á París, no mañana, sino esta misma noche, al instante, y una vez allí, vea al señor de Grassins, averigüe el nombre de todos los acreedores de mi tío, reúnalos, pague todo lo que se les deba, incluso los intereses al cinco por ciento desde el día de la deuda hasta el del reembolso, y, finalmente, levante usted un acta en forma de la liquidación ante un notario. Usted es magistrado y sólo en usted confío para este asunto. Usted es un hombre leal y galante y confiaré en su palabra para atravesar los peligros de la vida al amparo de su nombre. Uno y otro nos mostraremos mutuamente indulgentes. Nos conocemos hace ya mucho tiempo; somos casi parientes, y usted no querrá, seguramente, hacerme desgraciada.

El presidente cayó á los pies de la rica heredera palpitante de alegría y de angustia, y le dijo:

—Seré su esclavo.

—Cuando tenga usted el acta de la liquidación, caballero, repuso Eugenia dirigiéndole una fría mirada, se la llevará usted á mi primo Grandet con todos los títulos y le entregará esta carta. A la vuelta, le cumpliré á usted mi palabra.

El presidente comprendió que debía la señorita Grandet á un despecho amoroso; así es que se apresuró á ejecutar sus órdenes con la mayor

prontitud á fin de que no tuviese lugar una reconciliación entre los dos amantes.

Cuando el señor de Bonfons se hubo marchado, Eugenia cayó sobre un sofá y rompió en amargo llanto. La obra estaba consumada. El presidente tomó inmediatamente la diligencia, y el día siguiente por la noche estaba en París. La mañana del día que siguió á su llegada, se fué á casa de de Grassins y convocó á los acreedores en el despacho del notario en que estaban depositados los títulos, á la cual convocatoria no dejó de presentarse ninguno. Aunque eran acreedores, hay que hacerles justicia, fueron exactos. El presidente Bonfons, en nombre de la señorita Grandet, les pagó el capital y los intereses que se les debían. El pago de los intereses fué, para el comercio parisiense, uno de los acontecimientos más asombrosos de la época. Cuando el acta de finiquito estuvo registrada y de Grassins hubo cobrado por sus gestiones la suma de cincuenta mil francos que le había señalado Eugenia, el presidente se fué al palacio de Aubrión, y encontró allí á Carlos en el momento en que éste entraba en su habitación anonadado por las palabras de su futuro suegro. El anciano marqués acababa de declararle que su hija no sería nunca suya mientras no pagase á todos los acreedores de Guillermo Grandet.

El presidente le entregó primero la siguiente carta:

«Primo mío: El señor presidente de Bonfons lleva el encargo de entregarle el acta de finiquito de todas las sumas que debía mi tío, las cuales

reconozco yo haber recibido de usted. Me han hablado de quiebra y he pensado que el hijo de un quebrado no podría casarse acaso con la señorita de Aubrión. Sí, primo mío, ha juzgado usted bien mi modo de ser y mis modales: yo no tengo mundo, ni conozco sus cálculos y sus costumbres, y no podría, por lo tanto, proporcionarle los placeres que encontrará usted en él. Sea usted, pues, feliz, sujetándose á las conveniencias sociales, por las cuales sacrifica usted nuestros primeros amores. Para hacer su dicha completa, yo no puedo ofrecerle más que el honor de su padre. Adiós. Tendrá usted siempre una fiel amiga en su prima

»EUGENIA.»

El presidente no pudo menos de sonreír al oír la exclamación que lanzó aquel ambicioso en el momento de recibir el acta de pago.

—Nos anunciamos recíprocamente nuestros casamientos, le dijo el señor de Bonfons.

—¡Ah! ¿Se casa usted con Eugenia? Está bien, me alegro, es una buena muchacha; pero, repuso de pronto haciéndose una reflexión, ¿entonces es muy rica?

—Hace cuatro días tenía diez y nueve millones, pero hoy no tiene más que diez y siete, respondió el presidente con aire chocarrero.

Carlos miró al presidente con aire alelado.

—¡Diez y siete mi...!

—Sí, señor, diez y siete millones. Al casarnos, la señorita Grandet y yo reuniremos setecientos cincuenta mil francos de renta.

—¡Primo querido! dijo Carlos procurando

reponerse; podremos ayudarnos mutuamente.

—Conformes, dijo el presidente. Aquí tiene usted, además, una cajita que tengo orden de no entregar á nadie más que á usted, añadió colocando sobre una mesa el neceser.

—Amigo mío, dijo la marquesa de Aubrión entrando sin fijarse en Cruchot, no haga usted caso de lo que acaba de decir ese pobre señor de Aubrión, á quien la duquesa de Chaulieu ha devanado los sesos. Yo se lo repito, nada impedirá su matrimonio, respondo de ello.

—Está bien, señora, respondió Carlos, los tres millones que debía mi padre fueron pagados ayer.

—¿En dinero? dijo la marquesa.

—Íntegramente, intereses y capital, y voy á hacer rehabilitar su memoria.

—¡Qué tontería! exclamó la futura suegra. ¿Quién es este señor? preguntó en voz baja á su futuro yerno al ver á Cruchot.

—Es mi administrador, le respondió Carlos en voz baja.

La marquesa saludó desdeñosamente al señor de Bonfons.

—Ya empezamos á ayudarnos, dijo el presidente tomando el sombrero. Adiós, primo.

—Ese cacatúa de Saumur parece que se burla de mí. Me dan ganas de meterle seis pulgadas de hierro en el estómago.

El presidente se había marchado.

Tres días después, el señor de Bonfons, de vuelta en Saumur, publicó su casamiento con Eugenia. Seis meses más tarde, fué nombrado consejero de la audiencia real de Angers. Antes de dejar Saumur, Eugenia mandó fundir el oro

de las joyas que tan cuidadosamente había guardado, así como los ocho mil francos de su primo, y mandó construir una custodia de oro, que regaló á la parroquia en que tanto había rogado á Dios por *él*. Por lo demás, la señora de Bonfons hacía frecuentes excursiones á Saumur. Su marido, que prestó grandes servicios en una circunstancia política, logró ser presidente de cámara y primer presidente al cabo de algunos años. El magistrado esperó impacientemente las elecciones á fin de obtener una diputación, pues codiciaba la dignidad de par, y entonces...

—Entonces, ¿será primo del rey? decía Nanón, la gran Nanón, la señora Cornoiller, burguesa de Saumur, á quien su ama anunciaba las grandezas á que estaba llamada.

Sin embargo, el señor presidente de Bonfons, que había logrado abolir al fin su nombre patronímico de Cruchot, no llegó á realizar ninguna de sus ideas ambiciosas y murió ocho días después de haber sido nombrado diputado por Saumur. Dios, que lo ve todo y no hiere nunca en falso, le castigaba sin duda por sus cálculos ambiciosos y la habilidad jurídica con que habla minutado, en unión del notario Cruchot, el contrato matrimonial, en el que los dos futuros esposos se daban mutuamente, *en el caso de que no tuviesen hijos, la universalidad de sus bienes muebles é inmuebles, sin exceptuar ni reservar nada, dispensándose de la formalidad del inventario, sin que la omisión del referido inventario pudiera ser alegada por sus herederos ó causahabientes, entendiéndose que la dicha donación, etc.* Esta cláusula bastará para explicar el profundo

respeto que el presidente tuvo siempre por la voluntad y la soledad de la señora Bonfons. Las mujeres citaban al señor presidente como uno de los hombres más delicados, le compadecían y llegaron á criticar la pasión de Eugenia, como saben criticar esas cosas las mujeres.

—Muy mala debe estar la señora de Bonfons, para dejar solo á su marido. ¡Pobrecita! ¿Se curará pronto? Pero ¿qué tiene? ¿un cáncer ó una gastritis? ¿Por qué no va á ver á los médicos? Hace algún tiempo que se vuelve muy amarilla. Debía ir á consultar las celebridades de París. ¿Cómo no deseará tener un hijo? Según dicen, quiere mucho al presidente, y no se explica cómo no procura darle un heredero, dada su posición. ¿Sabe usted que es espantoso eso? Y si fuese efecto de un capricho, su conducta sería vituperable... ¡Pobre presidente!

Dotada de esa fina perspicacia que el solitario adquiere con sus perpetuas meditaciones, y acostumbrada por su desgracia y su meditación á adivinarlo todo, Eugenia sabía que el presidente deseaba su muerte para entrar en posesión de aquella inmensa fortuna, aumentada aún con las herencias de sus tíos el notario y el cura, á los que Dios tuvo el capricho de llamar á sí. A la pobre reclusa le daba lástima el presidente. La providencia la vengó de los cálculos interesados y de la infame indiferencia de un esposo que respetaba, como la mayor de las garantías, la pasión sin esperanza de que se alimentaba Eugenia. Dar la vida á un hijo, ¿no era matar las esperanzas del egoísmo y los goces de la ambición acariciados por el presidente? Dios cu-

brío, pues, con masas de oro á su prisionera, que se mostraba indiferente al oro, que sólo aspiraba al cielo, que hacía vida piadosa y recogida y que socorría secreta é incesantemente á los desgraciados. La señora de Bonfons quedó viuda á los treinta y tres años, hermosa aún, como lo están las mujeres á esa edad, y con una renta de ochocientos mil francos. Su blanco rostro denota su calma y su resignación; su voz es dulce y armoniosa, y sus maneras son sencillas. La viuda posee todas las noblezas del dolor y la santidad de una persona que no ha manchado su alma con el contacto del mundo; pero posee también la rigidez de la solterona y los hábitos mezquinos que hace adquirir la miserable vida de provincias. A pesar de sus ochocientos mil francos de renta, vive como había vivido la pobre Eugenia Grandet, no enciende la chimenea de su cuarto más que los días que su padre permitía antaño encender el hogar de la sala, y lo apaga en la época en que se apagó siempre durante su juventud. Viste siempre como vestía su madre, y la casa de Saumur, casa sin sol, sin calor, sombría y melancólica, es la imagen de su vida. Acumula cuidadosamente sus rentas, y acaso parecería mezquina si no desmintiese la maledicencia empleando noblemente su fortuna. Piadosas y caritativas fundaciones, un hospicio para los ancianos y escuelas religiosas para los niños, y una biblioteca pública, convenientemente dotada, desmienten cada año la avaricia que le reprochan ciertas personas. Las iglesias de Saumur le deben algunas mejoras. La señora viuda de Bonfons, llamada por burla *la seño-*

rita, inspira generalmente un religioso respeto. Aquel noble corazón, que no latía más que por los sentimientos más tiernos y más puros, tenía, pues, que someterse á los cálculos del interés humano. El dinero tenía que comunicar su frialdad á aquella vida celestial y hacer sentir desconfianza por los sentimientos á una mujer que era todo sentimiento.

—Tú eres la única que me amas, decía Eugenia á Nanón.

La mano de aquella mujer cura las llagas secretas de todas las familias. Eugenia se encamina al cielo acompañada de un cortejo de beneficios. La grandeza de su alma disimula las pequeñeces de su educación y los hábitos de su primera vida. Tal es la historia de esta mujer que vive aislada en medio del mundo, y que, constituida para ser excelente esposa y madre, no tiene marido, hijos, ni familia. Hace algunos días que se habla de su nuevo casamiento. La gente de Saumur se ocupa de ella y del señor marqués de Froidfond, cuya familia empieza á cercarla como la cercaron antes los Cruchot. Según se dice, Nanón y Cornoiller se interesan por el marqués; pero nada es más falso. Ni la gran Nanón ni Cornoiller tienen bastantes alcances para comprender las corrupciones del mundo.

París, septiembre de 1833.

FIN



